

LA FUERZA MAYOR

Los dioses han ocultado lo que hace vivir a los hombres.

HESÍODO, *Los trabajos y los días*.

Uno de los distintivos más seguros de la alegría es, por usar un calificativo con resonancias deplorables en muchos aspectos, su carácter totalitario. El régimen de la alegría es el del todo o nada: sólo hay alegría total o no hay ninguna alegría (y añadiría, anticipando el resultado de mi discurso, que sólo hay alegría total y, a la vez, en cierta forma, no hay ninguna alegría). Es evidente que la persona alegre se regocija de esto o de aquello en particular, pero si se le sigue preguntando se descubre enseguida que también se regocija de eso otro y de lo de más allá, y más tarde de esta y de aquella otra cosa, y así hasta el infinito. Su regocijo no es particular, sino general: está «alegre por todas las alegrías», *omnibus laetitiis laetum*, como dice un amante satisfecho en una obra del dramaturgo latino Trabea, parcialmente citada por Cicerón. Frase penetrante, aunque uno ignore por completo el contexto al que pertenecía. Lo que sugiere semejante frase puede enunciarse más o menos así: hay en la alegría un mecanismo aprobador que tiende a desbordar el objeto particular que la ha suscitado para afectar indistintamente a todo objeto y conducir a una afirmación del

carácter jubiloso de la existencia en general. La alegría se muestra así como una especie de total liberación de responsabilidades concedida a todas y a cada una de las cosas, como una aprobación incondicional de cualquier forma de existencia presente, pasada o futura.

Consecuencia curiosa de este totalitarismo: a la persona verdaderamente alegre se la reconoce paradójicamente por su incapacidad para precisar por qué está alegre, para decir cuál es el motivo exacto de su satisfacción, pues sobre este punto tendría demasiadas cosas que decir en general al no encontrar nada que alegar en particular. Demasiadas cosas que decir: cuando haya alabado las buenas cualidades de los diferentes vinos de Francia —y toda una vida dedicada a completar este corto capítulo sería insuficiente—, la belleza de los paisajes griegos o italianos, la de la mañana y la de la noche, aún le quedará todo por decir sobre el encanto de la existencia; todo o casi todo, digamos que el infinito menos una o dos unidades. Pero bastante poco que decir también: porque su alegría no puede invocar ningún hecho preciso, por un lado, en virtud del principio que impide a una alabanza general apoyarse en un solo hecho y, por otro, por la sencilla razón de que, en cualquier caso, no hay ningún objeto que pueda invocar al sucumbir este invariablemente al efecto corrosivo del análisis y de la reflexión. No hay ningún bien en el mundo al que un examen lúcido no le haga parecer, en última instancia, irrisorio y desdenable, aunque sólo fuese al considerar su frágil constitución, es decir, su posición a la vez efímera y minúscula en la infinitud del tiempo y del espacio. Lo extraño es que la alegría persista

entretanto, aunque suspendida en el vacío y privada de todo asiento. El privilegio extraordinario de la alegría reside, incluso, en esa aptitud para perseverar cuando su causa ha sido oída y condenada, en ese arte casi femenino de no admitir ninguna razón, de ignorar alegremente la adversidad más manifiesta y las contradicciones más flagrantes, pues la alegría tiene en común con la feminidad el hecho de permanecer indiferente a cualquier objeción. Una incomprensible facultad de persistencia permite a la alegría sobrevivir a su propia estocada, continuar alardeando como si nada hubiera pasado; un poco a la manera de esos gusanos que, aunque se los corte en dos y en cuatro, no por ello dejan de moverse y avanzar hacia su ciego objetivo, o a la manera también de ese mandarín maravilloso, puesto en música por Béla Bartók, al que ninguna puñalada logra aniquilar. Esta insistencia de la alegría revela una desproporción, radical y muy típica, entre todo profundo regocijo y el objeto particular que sirve de causa o, con más exactitud, de *pretexto*. Así, la alegría constituye siempre una especie de «añadido», es decir, un efecto suplementario y desproporcionado a su propia causa, que viene a multiplicar por infinito tal o cual satisfacción relativa a un motivo determinado. Y es precisamente este añadido el que la persona alegre no puede explicar, ni siquiera expresar, pues la alegría es una hipótesis imposible de expresar, del mismo modo y por las mismas razones que la hipótesis del Uno, tal como la analiza Platón en el *Parménides*: obligada al mismo tiempo a decirlo todo, lo que es imposible (y contradictorio en el caso del Uno), y a no decir nada, lo que conduce a situar la alegría al margen, cuando no